EL HECHICERO

por Cárlos Sáiz Cidoncha

autor de «SECUESTRO AEREO», «EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA», «PANICO EN EL OBSERVATORIO», «LA CALLE LARGA», «LAGRIMAS VERDES DE LENG» y «LOS HORRORES DEL CASTILLO MAGSON»

La primera vez que el teniente Juan Adanas, de la Guardia Territorial de Guinea Ecuatorial, oyó hablar del hechicero de la montaña, fue por boca del indígena León Copariate, poco después de haber llegado el oficial a su destino en la isla africana de Annobón.

León Copariate era un hombrecillo seco y enjuto. Su nombre, que al principio hizo gracia a Adanas, nada tenía que ver con la poderosa fiera africana, por otra parte desconocida en la isla, sino más bien con la costumbre de los annobonenses de bautizar a sus hijos con nombres de ciudades españolas. Era una persona extremadamente seria, y parecía pensar cuidadosamente sus palabras antes de pronunciarlas.

–Señor, el hombre de la montaña me llama –le dijo en aquella ocasión, al preguntarle Adanas adonde se dirigía.

–¿El hombre de la montaña?

–El hechicero.

Juan Adanas suspiró. Ya había tendido experiencias anteriores con hechiceros africanos y no sentía hacia ellos el menor respeto. Les consideraba a todos unos estafadores que se aprovechaban de la superstición de sus paisanos. Así pues no pudo por menos que preguntar a León.

–¿Crees tú en los hechiceros?

El annobonés quedó pensativo por un instante, según su costumbre.

–Ese es un hechicero distinto, señor –dijo al fin–. Ese es un verdadero hechicero.

–¿Y qué es lo que quiere de ti?

León se encogió de hombros.

–¿Cómo puedo saberlo, señor? –murmuró–. Estoy tranquilamente en mi casa, y de pronto él me llama. Hasta que llegue a su lado no puedo saber cómo quiere que le sirva.

El oficial le miró con aire de sospecha. Anochecía, y muy pronto la gran Cruz del Sur aparecía en el horizonte. En la creciente oscuridad apenas veía la expresión del annobonés, pero nada dejaba entrever que se estuviera burlando.

–¿Y cómo sabes que te llama, si él no está aquí? –preguntó.

León dejó escapar una risita.

–¡Oh! ¡El sabe cómo hacerlo!

Por un instante Adanas pensó continuar la conversación, pero pudo ver signos evidentes de impaciencia en su interlocutor y optó por despedirse de él y dejarle ir hacia aquel desconocido brujo montañés del que hablaba. Con las últimas luces del día le vio ascender la empinada vereda que llevaba al lago Mazafil, hasta que su lejana figurilla se perdió en la distancia y en la noche. Meneando la cabeza, volvió luego al edificio que era a la vez su vivienda y su oficina. La ligera inquietud que

en él había despertado momentáneamente el suceso no tardó en desvanecerse por completo.

* * *

Maravillosa en verdad era la verde isla de Annobón, único territorio del hemisferio meridional que había visto amanecer el siglo XX bajo la bandera española. De agradable clima, excepto la estación de los tornados, ningún animal o sabandija peligrosos infestaba sus fértiles tierras. Poblada por gentes amables y alegres, nadie hubiera podido descubrir allí el menor signo de peligro o malevolencia. Todas las mañanas salían a la mar las flotillas de *cayucos* pescadores y, una vez al mes, el barco de línea interinsular o uno de los buques de guerra de la pequeña flotilla española del Africa Ecuatorial aparecía en el horizonte para desembarcar los envíos que los isleños trabajadores en la septentrional Fernando Poo hacían a sus familiares.

Gran aficionado a la pesca submarina, Adanas disfrutaba a sus anchas en las roqueñas riberas del islote de las Tortugas, sumergiéndose una y otra vez con su equipo, y consiguiendo siempre alguna apreciable presa. Exploró también en ocasiones, por puro placer, el interior de la pequeña isla, e incluso una vez la rodeó por completo a bordo de su motora.

Y así transcurrían los días, plácidos, uno tras otro. Aparte de la minúscula guarnición militar, no había en la isla otro blanco que el anciano misionero de barbas tan blancas como su sotana tropical, pero aquí aislamiento ni significaba inquietud. Faltos de acontecimientos recientes, los annoboneses hablaban en sus *palabras* de tragedias del pasado, casi olvidadas en el tiempo, como la llamada «guerra chica de Annobón», cuando un deportado africano enloqueció y dio muerte a varias personas antes de suicidarse en medio del monte. Los más viejos incluso podían recordar aquel día terrible en el que el Gobernado General, de visita en la isla, fue asesinado por uno de sus subordinados, llevando el nombre de Annobón a las primeras planas de la prensa mundial. Pero aquello era agua pasada, anécdotas que sólo servían para ser contrastadas con el apacible presente.

Adanas tomaba parte algunas veces, de buena gana, en aquellas tertulias celebradas en el pequeño bar, a la luz de las «lámparas de bosque», teniendo como interlocutores a los notables de la comunidad. Hablábase de todo lo referente a la isla, pero el oficial jamás oyó palabra alguna sobre aquel misterioso hechicero de quien le hablara Copariate.

A veces pensó iniciar la conversación con éste, pero siempre lo fue dejando para más adelante, siéndole levemente desagradable el tema. No obstante, aquel día en que el propio León tropezó con él ante el edificio de la Misión, la decisión de volver sobre aquel asunto se le hizo irresistible.

–¿Sigues al servicio del hechicero de la montaña? –le preguntó en tono jovial, fingiendo despreocupación.

El annobonés lanzó una de sus peculiares risillas africanas.

–Sólo cuando él me llama, señor –respondió.

Adanas luchó un momento entre la curiosidad que experimentaba y el confuso sentimiento de vergüenza que se hacía presente en su ánimo al pretender discutir seriamente sobre temas tales como la hechicería. Pero finalmente la curiosidad ganó la partida.

–¿Dónde vive ese brujo? –preguntó.

León Copariate alzó la vista.

–Arriba, en la montaña –dijo–. Más allá del lago Mazafil y también más allá del Pico del Fuego. En lo más alto de todo.

–¿Pero cómo es que nadie le ha encontrado nunca? Yo mismo he recorrido toda la isla.

Por primera vez el nativo vaciló ligeramente.

–Hay mucho bosque allá arriba, señor –respondió al fin–. Y además, si el de la montaña no quiere, nadie le puede ver.

–¿Se esconde?

–No –negó León–. El nunca se esconde. Pero si no quiere, nadie le puede ver.

–¿Por magia, quizá?

León asintió seriamente.

Y precisamente entonces, Adanas sintió en su interior una inexplicable ola de temor. Algo que no podía comprender, que su razón insistía en rechazar como ridículo, pero que, no obstante, anegaba todos sus sentidos como una terrible inundación. De repente toda la apacible vida de Annobón le pareció semejante a una máscara sonriente que podía caer en cualquier instante, revelando bajo ella algo carcomido y aborrecible, viejo como el tiempo y tan espantoso como pudiera serlo el caos primordial de Universo.

Y lo verdaderamente horrible era que nada de cuánto había ocurrido a su alrededor, nada de lo que el pequeño annonobonés le había dicho, podía ser el origen de aquella sensación. Era algo que venía de fuera, para recordarle que el mundo no estaba cuerdo por completo, que existían simas de locura donde el no advertido podía caer en cualquier momento.

Incrédulo, el oficial vio agrandarse ligeramente los ojos de León Copiarate. Y de pronto la demente sensación cesó, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

León Copariate sonrió con timidez y se dio media vuelta.

–Me llama –dijo sencillamente.

Y se alejó sin otra despedida, negro y sudoreoso bajo el cálido sol africano, insignificante entre las docenas de nativos que iban de un lado a otro dedicados a su trajín habitual.

El teniente Adanas sintió de pronto un violento escalofrío, sin explicarse la causa.

*** * ***

Hubo nuevos días y nuevas noches, tranquilos y monótonos, tanto unos como otras. Hubo nuevas excursiones de pesca y nuevas tertulias al anochecer. Continuó el trabajo ordinario, y Adanas llegó de nuevo a casi olvidar el incidente pasado. Aquella extraña sensación que llegó a percibir hízose cada vez menos real, hasta que llegó a considerarla como una alucinación fugitiva., quizás un primer amago de paludismo, o puede que efecto del sol ardiente de Africa en los nervios o el cerebro, pero de ninguna forma un suceso real. Esas cosas no sucedían, ni siquiera en Africa, y los hechiceros no eran sino avispados explotadores de la credulidad nativa.

Hízose el propósito de olvidar lo ocurrido, y casi lo logró. Quizá desde entonces empezó a evitar a León Copariate, y quiso hacer accidental el hecho de no internarse más en el montañoso centro de la isla, más allá del lago Mazafil y del Pico del Fuego.

De Copariate le llegaban a veces noticias indirectas. Supo que la vida del pequeño annobonés había cambiado después de su última entrevista. Haciéndose ahora muy

raro de encontrar y sus maneras eran huidizas y temerosas.
–Todas las noches se emborracha –le dijo un día el viejo Valladolid, cuando le interrogó sobre el particular–. Está malo...
Y de pronto un día llamaron a la puerta de su oficina, y allí estaba León Copariate, frotándose las manos con nerviosismo.
–Buenos días, señor –dijo educadamente. Y permaneció inmóvil, como esperando permiso para entrar.
Adanas le contempló con asombro. Parecía haber envejecido, y su mirada no era la de antes. Bullía en sus ojos un sentimiento de inseguridad, de miedo, incluso de franco pánico. ¿Qué podría haberle ocurrido al tranquilo hombrecillo que conociera al llegar a la isla? Su naturaleza parecía haber cambiado de un modo sutil pero inconfundible. El temblor de sus labios no podía deberse únicamente al alcohol que en los últimos tiempos parecía consumir en abundancia.
Un animal perseguido, decidió de pronto Adanas. Un pobre perro que vaga por las calles hecho un manojo de nervios, esperando que alguien se lance sobre él para golpearle.
–Pasa, León –invitó. Y el hombrecillo tomó asiento frente a él, sin abandonar su aire temeroso. Pudo observar cómo sus ojos se revolvían inquietos como vigilando algún ignorado peligro.
–¿Qué quieres?
El annobonés metió la mano en su bolsillo, vaciló, y la volvió a sacar de nuevo, vacía. Su nerviosismo empezó a irritar al oficial.
–Señor –dijo al fin–. Mañana me voy a Fernando Poo. A trabajar.
–Me parece muy bien –aprobó Adanas–. ¿Y es para eso para lo que vienes a verme?
León negó lentamente con la cabeza. Parte del sudor que corría por su negra frente no podía ser imputado al sol africano. De nuevo metió la mano en el bolsillo, y esta vez extrajo un objeto que dejó sobre la mesa.
–¿Lo quiere usted, señor? –preguntó con voz muy débil.
Sorprendido, Adanas tomó en su mano el objeto y lo examinó. Se trataba de un medallón grabado, una obra como antes nunca había visto en Africa. No era un objeto de hierro o bronce como los que solían vender los *haussas* de Nigeria, sino algo primoriosamente trabajado y hecho de un metal que no pudo reconocer. El grabado tampoco representaba nada familiar, sino una serie de líneas rectas y curvas que formaban un motivo semejante a una letra árabe. Pesaba de forma desproporcionada a su tamaño.
–¿Me lo quieres vender? –preguntó.
De nuevo León negó con un movimiento de cabeza.
–Se lo regalo, señor –murmuró–. Es para usted.
Adanas frunció el ceño. Desde luego allí había algo raro e inquietante.
–¿De dónde lo has sacado? –inquirió.
León inclinó la cabeza hacia un lado y adoptó una actitud estólida, sin responder.
–Te pregunto de dónde lo has sacado –repitió Adanas, con más energía–. ¿Lo has robado?
–¡No! ¡No! –protestó el annobonés–. No lo he robado, señor. Era...
Calló, pero al ver la expresión del oficial, optó por continuar.
–¡Era del hechicero de la montaña!
Siguió un pesado silencio. Instintivamente, Adanas dejó el medallón sobre la mesa.
–¿Se lo has quitado a él?

–¿A él? –la sorpresa de León no era fingida–. No, señor. El hechicero ha muerto.

–¿Muerto...?

–Hace una semana. Yo mismo le enterré al pie del Pico de Fuego, como él me había ordenado antes de morir.

Y de pronto el oficial sintió un inmenso alivio, como si acabara de escapar de una fea pesadilla. Al fin y al cabo aquel hechicero no era lo que había... ¿pensado o soñado? Por un momento se rió de sí mismo, pero luego su rostro se crispó de nuevo.

–¿Y no le habrás matado tú mismo para robarle, León? –acusó súbitamente.

El horror asomó en los ojos del hombrecillo. Pero no el horror del culpable desenmascarado, sino el del hombre a quien se menciona un acto inconcebiblemente sacrílego y antinatural, que su misma alma tiembla sólo de pensarlo.

–¡Señor! –gritó. Por primera vez su voz era alta–. ¡Matarle! ¿Yo? ¡Si no hubiera podido ni siquiera... ni siquiera...! –calló, falto de pronto de argumentos para refutar aquella enormidad.

No, decidió el oficial. Aquel hombrecillo era físicamente incapaz de haber levantado la mano contra el misterioso personaje de la montaña, fuera éste quien fuera. Ciertamente que hubiera debido mencionar antes su muerte, denunciarla ante él mismo, que representaba la autoridad. Pero... mejor era así. En lo que se refería a la Administración, aquel brujo nunca había existido. Si murió o dejó de morir en la soledad de su cueva de eremita, a nadie importaba. Y a Juan Adanas, menos que a nadie.

León pareció encontrar de nuevo la voz.

–Señor, era un hechicero muy poderoso –dijo–. Si yo hubiera querido matarle, no hubiera podido.

–Y, sin embargo, su magia no le libró de morir ¿no es cierto?

–Todos morimos. Pero los verdaderos hechiceros nunca mueren del todo.

Inmediatamente después de pronunciar aquellas extrañas palabras, el rostro de León se contrajo en una fea mueca, como si temiera haber dicho demasiado.

Adanas recogió de nuevo el medallón y el hombrecillo le miró con esperanza.

–¿Por qué me lo regalas?

León se puso instantáneamente a la defensiva.

–Señor, mañana llega un barco y yo saldré en él para Fernando Poo –dijo–. No quiero que... no quiero que salga fuera de Annobón, señor.

El oficial sopesó el medallón. Se sentía extrañamente contento de que tanto el hechicero como León desaparecieran de su vida.

–Bien –dijo–. Pues muchas gracias. Me quedo con él.

El resultado de estas palabras fue inesperado. De repente todas las señales de temor y decadencia que le habían extrañado en el annobonés se disolvieron en el aire. León Copariate volvió a ser el de antes, pero con el añadido de una incontenible alegría y también un intenso agradecimiento.

–Gracias a usted, señor –dijo cálidamente–. ¡Muchas gracias a usted, señor!

Y se dispuso a salir. Pero antes de hacerlo vaciló, como si algo luchara en su interior. En el mismo umbral de la puerta volvió la cabeza casi con una sacudida.

–Señor... –dijo vacilante. Y luego de súbito, exclamó–. ¡Cuídese de los tornados, señor!

Y salió rápidamente antes de que el oficial pudiera pedirle explicaciones sobre tan extraña advertencia.

* * *

Llegó y se marchó el barco, y León Copariate partió con él rumbo a la isla de Fernando Poo, al norte, más allá del Ecuador. Y tornaron los días cálidos y las noches estrelladas, en tanto que el recuerdo de aquel fantástico personaje de la montaña iba desapareciendo de la mente de Juan Adanas. Incluso el medallón había quedado en un bolsillo de su guerrera, lejos de su memoria y su recuerdo.

El primer acontecimiento extraordinario vino de la parte más inesperada. Fue Pedro Mansuy Elá, el soldado de la Guardia Territorial que le servía de ordenanza quien vino un día a verle, mohíno.

–Mi teniente, vengo para decirle que ya no quiero seguir siendo su ordenanza.

Adanas se quedó mirando, sorprendido, a quien así le hablaba.

–¿Quieres volver a hacer todos los servicios? –preguntó, incrédulo.

–Sí, mi teniente –respondió el otro sin pestañear.

–¿Y puedo preguntarte por qué has decidido eso?

El soldado empezó a moverse inquieto de un lado a otro, dando vueltas entre sus manos a la gorra militar.

–Es que ya no me conviene, mi teniente.

Adanas le miró de hito en hito, lo que azoró aún más al hombre.

–¿Te trato mal, acaso?

–Mmmmm... no...

–¿Es que tienes mucho trabajo en casa?

–No, mi teniente... Es que... no me conviene... no me conviene...

El oficial se sentó en su silla y cruzó las piernas. Se quedó contemplando casi durante un minuto al soldado, sin decir nada. El hombre se agitaba, nervioso. Trasladó varias veces el peso del cuerpo de uno a otro pie, y se mordió los labios.

–Mansuy –habló por fin Adanas con firmeza–. ¿Qué pasa?

El guardia territorial se dio por vencido. Carraspeó y finalmente se decidió a hablar.

–Mi teniente, en la casa hay alguien.

Adanas enarcó una ceja.

–¿Alguien?

–Sí, mi teniente –se disparó ahora el otro–. Cuando estoy arreglando la casa hay alguien que me mira y luego... hay olor a cosas malas, a cosas que no se pueden decir...

Adanas se quedó mirando al soldado, pensando si no se estaría mofando de él.

–¿Qué hay alguien? –preguntó–. ¿Y quién es ese alguien?

El guardia territorial se mordió de nuevo los labios.

–Alguien que le quiere mal, mi teniente –dijo en un murmullo.

Adanas se levantó y se dirigió a la puerta.

–Vamos –dijo.

Recorrieron la pequeña explanada hasta llegar al cuartelillo de los gurdias territoriales.

–Mansuy ya no quiere ser mi ordenanza –anunció el oficial–. ¿Quién quiere sustituirle?

Se ofrecieron todos, mientras dirigían algunas miradas de extrañeza a quien así abanadonaba por propia voluntad el deseado puesto. Adanas se dirigió a un robusto mocetón de nariz achatada y dientes blancos como el marfil.

–Ndongo, ¿tienes miedo a los fantasmas?

El soldado rió, sin comprender.

–En la residencia hay fantasmas, a lo que parece –continuó el oficial con toda seriedad–. ¿Quieres ser mi ordenanza?
–Sí, mi teniente –sonrió el otro con toda su dentadura.
– ¿No tienes miedo a los fantasmas?
–No, mi teniente.
–¡Vamos entonces!
Mientras oficial y soldado se alejaban en dirección a la residencia, el guardia territorial Mansuy les siguió con la mirada, inexpresivamente.

* * *

–¿Me llamaba, mi teniente?
Adanas alzó la vista del parte rutinario que estaba haciendo para fijarla en el ancho rostro de Ndongo.
–No, no te he llamado –respondió.
El rostro del soldado se arrugó en una mueca de extrañeza.
–Mi teniente... perdone. ¿Ha estado usted arriba hace un momento?
Había ahora un acento extraño en su voz, y Adanas se le quedó mirando con algo de intranquilidad.
–No –negó de nuevo–. No he salido de la oficina. ¿Por qué me lo preguntas?
–Por nada, mi teniente –se apresuró a replicar Ndongo–. ¿Ordena alguna cosa?
–Puedes marcharte.
Se marchó en efecto el soldado, sin que en su rostro apareciera aquella ancha y blanca sonrisa que le era tan peculiar. Pero a partir de entonces observó Adanas que procuraba limpiar y arreglar la casa precisamente a las horas en que él mismo estaba en ella, como si no quisiera estar a solas en el edificio. Los días sucesivos borraron definitivamente la sonrisa del guardia territorial, sustituyéndola por un fulgor asustado en los ojos, más nunca se quejó ni mencionó la posible fuente de sus temores.
Finalmente fue el mismo Adanas quien pudo observar una manifestación del extraño fenómeno que parecía encantar la casa. Hallábase de nuevo en su oficina cuando le pareció oír extraños ruidos arriba, en el piso destinado a la vivienda.
–¡Ndongo! –llamó, pensando que el soldado podía ser el origen de aquellos ruidos.

En respuesta a su grito, algo corrió audiblemente en el piso de arriba, chocando con los muebles. Adanas saltó en pie, alarmado.
–¡A sus órdenes, mi teniente! –saludó Ndongo, entrando en la oficina desde la explanada exterior.
Adanas aguzó el oído. Nada se movía ahora en el piso de arriba.
–¿Hay alguien arriba, Ndongo? –preguntó.
Los ojos del soldado se desorbitaron.
–¡Nadie mi teniente!
–¡Maldita sea! –estalló el oficial–. ¿Cómo puedes saber que no hay nadie, si vienes de fuera de la casa.
Pero el soldado retrocedió un paso y repitió con un hilo de voz.
–No hay nadie, mi teniente... no hay nadie...
Adanas se preparó para ordenarle que subiera, pero cuando ya abría la boca para gritar la orden, se dio cuenta de que no podía demostrar ante aquel soldado el más leve temor hacia lo que fuera que estuviese arriba... si es que efectivamente había alguien o algo.

–¡Vamos! –dijo, abriendo la funda de su pistola reglamentaria–. ¡Sígueme!
Ndongo palideció hasta convertir en gris el brillante negro de su rostro. Pero cuando su oficial se lanzó escaleras arriba, no dudó sino un momento antes de seguirle.
No había nada. Registraron todos los rincones, pero el único rastro de anormalidad era aquel levísimo olor malsano que un día mencionara Mansuy, un vago relente a vejez y descomposición que muy bien pudiera proceder del exterior. Más no por ello se tranquilizó Ndongo, cuyos ojos giraban sin cesar en sus cuencas, temiendo algún extraño ataque procedente de cualquier rincón. El mismo Adanas advertía algo nuevo pero indefinible, algo que se había apoderado de la residencia. Al descender de nuevo a la oficina creyó percibir el susurro de un tenue suspiro procedente de sus espaldas. Se estremeció.
Los siguientes días fueron de inquietud. Nada concreto se hacía visible, mas la suma de pequeños detalles seguía aumentando. Leves ruidos, roces inexplicables, milimétricos desplazamientos... Nada tangible, pero siempre una sorda amenaza captable quizá tan sólo por los olvidados instintos ancestrales del hombre. Los nativos evitaban la casa, puede que inconscientemente, ya que nunca decían nada sobre el particular. Ndongo acudía valientemente a diario para cumplir con su obligación, negándose a admitir que manifestación sobrenatural alguna pudiera hacerle retroceder. Pero mientras limpiaba las habitaciones o arreglaba las camas, no dejaba de lanzar furtivas miradas a su alrededor.
En ocasiones Adanas veía o creía ver por el rabillo del ojo atisbos de una inclasificable presencia, una silueta difusa que desaparecía cuando la miraba directamente. Pero se negaba en redondo a creer.
La humedad del clima sobre la madera, se decía a sí mismo. Los pájaros que aletéan en el tejado, y quizá también el *comején*, la terrible carcoma africana, que roe y trabaja en el interior de los muebles. Y, desde luego, también los nervios, que se desbocan con facilidad en Africa y hacen imaginar cosas que no existen.
Y de pronto un día llegó el recuerdo olvidado de León Copariate y de su extraña transformación, de la expresión temerosa de su rostro.. Como si alguien o algo le persiguiera «también» a él. Y el recuedo paralelo del extraño medallón que le fuera entregado por el annobonés.
Ndongo estaba limpiando la mesa del comedor cuando se dirigió a él.
–¿Mi teniente?
–Ven un momento. Quiero enseñarte una cosa.
Por un instante el rostro del ordenanza denotó la más absoluta incomprensión, mientras su mano se alargaba instintivamente hacia el objeto. Y en el instante siguiente... ocurrió.
La espantosa sensación que ya antes una vez golpeara la mente de Adanas, atacó de nuevo. Una vez más la realidad se convirtió ante sus ojos en una simple máscara de carnaval, en algo superficial tendido apresuradamente sobre un abismo de desconocidos horrores. El rostro del guardia territorial se retorció en una mueca de terror, denotando que también él era consciente de aquella terrorífica sensación. Hubo un instante de parálisis, y de repente algo crujió sonoramente tras la entreabierta puerta del pasillo.
Adanas había oído hablar de cómo el miedo puede, por paradoja, galvanizar los músculos de una persona y lanzarla hacia delante en dirección al peligro. Algo así le debió ocurrir, pues antes de que pudiera pensarlo siquiera se vio saltando hacia la puerta y abriéndola en un empellón. Pero nada había al otro lado, y tras una última convulsión, la aterradora sensación se fue apagando, no súbitamente como

la vez anterior, sino poco a poco, semejante a una fiera que se retira a su guarida a regañadientes.
Adanas se secó el sudor que corría por su frente, y volvióse hacia Ndongo, que no se había movido del centro de la sala.
–¿Tienes miedo ahora? –le preguntó, un tanto absurdamente.
El guardia territorial tragó saliva.
–Mi teniente, yo soy un *fang* de Mikomeseng –dijo con voz ronca–. Mi padre es un cazador cuyos antepasados mataban al *nsok*, el elefante, armados sólo de flechas. El padre de mi madre fue un gran hechicero, que hablaba con los muertos como yo hablo ahora con usted. No, yo no tengo miedo de los vivos ni de los muertos, mi teniente... y sin embargo...
–¿Sin embargo?
–Mi teniente, hay cosas que no están ni vivas ni muertas. Es la antigua brujería de Annobón, que estaba aquí cuando los portugueses llegaron, y de la que nadie sabe nada, y el que lo sabe no se atreve a hablar de ella. Es la brujería de los antiguos, mi teniente.
Por un instante ambos permanecieron quietos, mirándose el uno al otro y compartiendo un secreto que las palabras eran incapaces de expresar.
–Está bien –dijo el oficial–. Puedes marcharte.
El ordenanza se apresuró a obedecer, dejando a Adanas solo en la estancia. No se produjo ningún fenómeno más y el oficial acabó por guardarse en el bolsillo el medallón que aún conservaba en la mano.

*** * ***

Adanas, despertado súbitamente, quedó inmóvil en la oscuridad con los ojos muy abiertos y el corazón golpeando furiosamente en su pecho. Algo le había arrancado de su sueño, algo insólito que había golpeado por sorpresa sus dormidos sentidos para ponerlos en estado de alerta.
Nunca hasta entonces había sentido nada anormal por las noches. Los misteriosos y casi imperceptibles fenómenos que le inquietaban habíanse producido siempre durante las horas diurnas, como si tuvieran alguna relación con la luz solar, en contraposición a los espantos de las leyendas europeas. Pero ahora...
Sí, eso le había despertado. Había un ruido que esta vez no era imperceptible ni minúsculo. Un fragor que llegaba de fuera de la casa, hojas y desperdicios arrastrados por el suelo en medio de un lejano y múltiple golpear de puertas y ventanas mal cerradas, y algo que silbaba poderosamente entre los árboles.
Respiró con alivio. Aquel ruido nada tenía de misterioso. Era el súbito ventarrón que precede a los tornados africanos, el heraldo que invita a las gentes a buscar refugio antes de que las primeras pesadas gotas empiecen a estrellarse contra el suelo y que el trueno alce su voz entre las nubes. Sería el primer tornado de la estación de las lluvias.
Golpearon el tejado, en efecto, las primeras gotas, intensificándose hasta convertirse en una verdadera cortina de agua que bramaba al batir de los techos de las casas y toda la tierra de Annobón. Al estrépito de la lluvia y el viento pronto se sumó el de los formidables truenos tropicales y todo el salvaje canto de la naturaleza desencadenada se dejó oír sobre la isla, violento y ensordecedor.
No tardó en sentir Adanas la placentera sensación de quien escucha la voz de la tempestad desde un lugar cubierto y seguro. El rugido de los elementos se le hizo monótono y apenas si llegaba a captar el fulgor de los relámpagos a través de la

persiana encajada en el ventanuco. En medio de las tinieblas, Adanas sintió que sus sentidos se adormecían, que iba a caer de nuevo en el sueño, que...

El olor.

Lo sintió vagamente al principio, pero luego el hedor a podredumbre se acentuó de tal forma que no pudo ignorarlo. Un relente de descomposición, magma putrefacto... no cabía duda... no cabía duda...

¡Procedente de la misma habitación en la que estaba!

En un instante toda sensación se sueño desapareció. Fuera, la tempestad seguía aullando su cólera, pero Adanas era sordo a ella. Toda su sensibilidad estaba concentrada en el olfato, en aquel horrible olor que no tenía derecho a dejarse sentir, que no podía...

«Cuídese de los tornados, señor».

El recuerdo le asaltó mientras se incorporaba en la cama y hacía frente a las tinieblas, bañado todo el cuerpo en sudor. Los tornados... los tornados... ¿qué horrible entidad podía despertar al conjuro de la tormenta?

Y fue entonces cuando un relámpago deslizó su instantánea luz en aquel recinto y llevó a sus ojos una visión que le hizo estrellar sus espaldas contra la pared de la habitación, con un grito de espanto.

En el cuarto había otra cama, que solía usar cualquier oficial de visita que debiese pasar una noche en Annobón. Una cama que acostumbraba a estar vacía, que ahora debía estar vacía.

¡Pero que no lo estaba!

Pues la momentánea luz del relámpago había dejado ver un bulto deforme y negro extendido sobre el lecho, una anormal silueta de la que, ¡estaba seguro!, brotaba aquel espantoso hedor a descomposición y podredumbre. Y luego las tinieblas se habían cerrado de nuevo, y había quedado solo en la oscuridad con aquella Cosa innominada. Perdido en los oscuros laberintos del terror, Adanas no podía sino apretar demencialmente la espalda contra la pared, como si quisiera atravesarla para huir como fuera de aquella silueta apenas entrevista.

De aquella silueta que no le era del todo desconocida, pues algo en su espíritu le decía lo que al Cosa era en realidad. Algo nefasto que había surgido de una tumba perdida para reclamar un objeto de su pertenencia... y para castigar el despojo. Algo que había rondado inmaterialmente en torno a la casa hasta que la tormenta le dio fuerzas para adquirir sustancia material.

El olor se hizo más denso... ***se aproximó*****, rodeándole con sus pestilentes tentáculos, mientras él permanecía paralizado, espalda contra la pared. El estrépito de la tempestad exterior parecía llenar el universo entero, ocultando cualquier furtivo movimiento que se produjera en la habitación. Pero el olor aumentaba... aquello se estaba moviendo, se estaba aproximando, quizá tendía ya sus zarpas descompuestas para tocarle el rostro.**

Gritó, maldijo y rezó en una demente confusión infernal. ¡Debía escapar! Debía dominar la parálisis, saltar hacia adelante para alcanzar la puerta, correr, salir al pasillo, aunque fuera arrastrándose... pero sus músculos estaban agarrotados, y la sola idea de tropezar en la oscuridad con... aquello, aplastaba más y más su espalda contra la pared, mientras los ojos se le salían de las órbitas, mientras los dientes entrechocaban inconteniblemente, mientras...

Un nuevo relámpago iluminó levemente la habitación a través de la persiana... ¡y entonces lo vio! De pie, muy cerca, una silueta negra y encorvada de la que brotaban los hedores de mil cementerios... las manos tendidas hacia delante... ***hacia él*****.**

¡Hacia él!
Gritó con todas sus fuerzas y saltó en medio de la oscuridad, hacia la puerta, oblicuamente, esquivando el lugar en donde viera aquel horror, con la mente turbada, frenético. Y sintió en un brazo *el roce*, el contacto de algo pastoso y semilíquido que estuvo a punto de precipitarle en la locura. Aulló de espanto y de asco, mientras su mano buscaba locamente el picaporte en la oscuridad... ¡ahora! Mientras un terrible trueno estallaba en el exterior, el cuerpo de Adanas rodó por el pasillo, debatiéndose y pugnando por ponerse en pie y por alejarse de aquella puerta por la que saliera. Y corrió, corrió por el pasillo tropezando con las paredes, mientras el viento rugía y la lluvia restallaba fuera de la casa.
El panorama familiar del comedor, suavemente iluminado por el fulgor del refrigerador de petróleo, apacible y tranquilo, detuvo por un instante su ímpetu e incluso le invitó a reflexionar, a liberarse de la niebla abrasadora que había envuelto su mente en los últimos minutos. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué era lo que *de verdad* había ocurrido?
¿Una pesadilla?
Soy el teniente Juan Adanas, de la Guardia Territorial de Guinea, se repitió a sí mismo; luchando con el espasmo de su respiración y con el temblor de sus miembros.
No, no hay hechiceros en Africa, pensó, al menos no verdaderos hechiceros. Me he despertado en medio de la noche con el ruido de la tormenta, y he creído ver... No, eso no, en realidad no me he despertado, sino que he creído despertarme, como suele suceder en los sueños. Una pesadilla, una pesadilla espantosa, pero nada más. Los nativos, los supersticiosos nativos que han logrado influir en mi ánimo, en mis nervios. He huido como un loco de algo que no existía sino en mi imaginación.
Se apoyó en una silla, donde estaba colocada precisamente su guerrera y también su cinto. Enfrentó con una mirada que quiso hacer tranquila las tinieblas del pasillo del que había brotado un instante antes, enloquecido por el pánico. No, aún no podía volver a introducirse en ellas. Quizá cuando terminara la tormenta... ¿cuánto faltaría para el amanecer?
Las tinieblas del pasillo se dividieron y un retazo de ellas surgió tambaleándose, para avanzar luego torpe y lentamente por el comedor. El olor llegó de nuevo, más irresistible que nunca.
Adanas gritó mientras su mano buscaba el cinturón colgado de la silla. Un segundo después la pistola reglamentaria estaba en su mano derecha y lanzaba todos los disparos del cargador con la velocidad de una ametralladora, confundiéndose las detonaciones en una imitación del trueno exterior, acribillando la silueta de negrura y descomposición que se tambaleaba a muy pocos metros de distancia.
La vio ahora claramente, una forma medio deshecha de carne en disolución, coronada por una atroz máscara que hacía mucho tiempo había dejado de ser un rostro humano, todo ello forzado a avanzar por un vida antinatural, que movía los descompuestos músculos con un atroz designio de venganza y maldad. La vio recibir la rociada de balas, abrirse en varios lugares, llaga sobre llaga, para derramar oscuros humores de inmundicia. La vio avanzar, incólume (¿acaso se puede matar a la misma muerte?), abierto el infecto pozo de su boca sin labios, y con algo espantoso destellando en las vacías cuencas oculares. Paso tras paso, las garras hacia delante, ansiosa del supremo desquite.
Adanas no esperó el asalto del diabólico ser. Corrió a la terraza y allí, aplastado de súbito por la densa cortina de agua, se descolgó como pudo por la balustrada

para caer a tierra, dejando atrás la casa y la entelequia que ahora la habitaba. Enloquecido, rodó por el barro, bajo el embate de la lluvia que parecía llenar el universo. Allá en lo alto, la fantasmal silueta del Pico de Fuego parecía rodeada por un halo de relámpagos, como si navegara en un mar de llamas o como si el infierno se hubiera abierto allí para vomitar una carga de seres demoníacos. Los latigazos del agua cegaron pronto los ojos del oficial, pero sus pies, chapoteando y tropezando, supieron llevarle a través de la explanada, entre el trueno y el relámpago, hasta el único refugio que instintivamente reconoció como seguro.

El muro de la Misión se alzó ante él, y tanteó locamente hasta encontrar un acceso. Luego se acurrucó en el oscuro interior, rezando con la violencia que da el espanto, con el temor de sentir en cualquier momento un suave y pútrido contacto, o advertir de nuevo el fantástico olor del cadáver viviente.

Toda la noche aulló la tempestad en torno al templo, pero ninguna manifestación sobrenatural se hizo aparente. Y cuando cesaron los truenos y el viento se calmó, cuando las primeras luces del alba surgieron en el horizonte, el destrozado Adanas comprendió que la pesadilla había llegado a su fin.

*** * ***

La vivienda estaba desierta cuando finalmente se arriesgó a regresar a ella. Tan sólo Ndongo, ignorante de lo ocurrido, estaba limpiando el comedor, donde la lluvia había penetrado al abrirse la puerta de la terraza. La única huella de lo sucedido estaba constituída por unas inidentificables manchas que aún mantenían el recuerdo de un pasado hedor.

Y algo más. Adanas supo desde el primer momento que algo habría de faltar en el bolsillo de su guerrera. El medallón había sido recuperado por su legítimo dueño, y el oficial sintió un escalofrío al imaginar el lugar donde debía encontrarse ahora el objeto que durante tanto tiempo él mismo guardara sobre sí.

Había desaparecido también la oscura presencia que encantara la casa antes de aquella noche de terror, y el propio Ndongo debió notarlo, pues al poco tiempo volvió a sonreír como antes, olvidando pasados temores. Tan seguro quedó Adanas de esta retirada, que se obligó a sí mismo a pasar la siguiente noche en la misma habitación donde comenzara el espanto. Fue noche de pesadillas y despertares súbitos, pero ningún ser extraño se manifestó. Dos días después estalló un segundo y aún más poderoso tornado, pero tampoco ocurrió nada de lo que Adanas temiera. El ser de la montaña parecía haberse contentado con recuperar su talismán.

Y transcurrieron los días, las semanas y los meses, hasta llegar el momento del relevo. No se atrevió Adanas a relatar nada de lo sucedido al nuevo oficial, que nunca le hubiera creído. Hizo sus maletas y, llegado el momento, se encontró a bordo de la pequeña corbeta de guerra que le devolvería a la isla de Fernando Poo.

Pero no pudo evitar un último estremecimiento retrospectivo cuando el buque levó anclas y la montañosa y verde silueta de Annobón empezó a quedarse atrás.

Era el final de una espléndida tarde tropical y los fulgores rojos y amarillos del crepúsculo hacían destacar la gran prominencia del Pico del Fuego. Por unos instantes la imaginación de Adanas le hizo ver confusamente una rosquiza ladera, y en ella, oculta por el bosque y quizá por algún maligno poder, la tumba donde descansaba un ser horrendo, vivo y muerto al mismo tiempo, con un medallón metálico en el cuello y nueve balas en el corazón

Pero la brisa acarició luego con fría suavidad el rostro del oficial, y finalmente, éste se volvió hacia el Norte, hacia el porvenir, dando definitivamente la espalda a la volcánica isla de Annobón y a los antiguos e inexpugnables misterios que en ella moraban.